

Fragmentos euskéricos en un libro desconocido sobre la Virgen de Aránzazu

ANTONIO UNZUETA*

Los bibliógrafos consideran comúnmente la famosa obra del alavés P. Juan de Luzuriaga, titulada "Paraninfo celeste" y publicada en México en 1686, como el primer libro impreso sobre la Virgen y el Santuario de Aránzazu.

Es verdad que el mismo Luzuriaga cita al margen la obra del P. Juan de Ayllon (libro I, cap. VI), pero, al no haberse encontrado ningún ejemplar de la misma, los bibliógrafos e historiadores no han tenido en cuenta. El mismo Yon Bilbao, en su **Bibliografía** publicada en la Enciclopedia Ilustrada del País Vasco, al no conocer el escrito, se inventa el título, yerra en la fecha de su edición y elude señalar las páginas y otras características del mismo.

Fue durante mi estancia en Lima (años 1985-1990), cuando el Director de Euskal Etxea de Lima, Yon Garrotxena, me proporcionó una fotocopia de la obra del P. Juan de Ayllón, que él había descubierto en la Biblioteca del convento de San Francisco de Jesús de Lima, y de la que también envió otra fotocopia a la biblioteca franciscana de Aránzazu.

El hecho de ser el primer libro impreso sobre la Virgen de Aránzazu y contener en sus páginas unos trozos euskéricos de relativa antigüedad, me ha animado para darlos a conocer a los lectores de "Sancho el Sabio", al mismo tiempo que brindo a los interesados la ficha bibliográfica del mismo:

RELACION / DE LA GRANDIOSA / fiesta, que se hizo en / este convento de N. P. / San Francisco de / Jesus de Lima. / A la colocacion de la mi / lagrosa imagen de N. Señora / de Aransazv, que a expensas / de Ivan de Vrrvtia, pode- / roso amante de la Virgen se truxo / de España. /

COMPVESTA POR EL PADRE / fray Iuan de Ayllon, Predicador mayor del mismo / Conuento de N. P. S. Francisco de Iesus de Lima, y / oy Procurador General de Corte de todas las / Prouincias del Perú, natural de / la misma Ciudad. / DEDICADA A N. M. R. P. FR. IVAN de Dvrana Padre de la San- / ta Provincia de Cantabria, / Letor ivbilado, Calificador / del Santo Oficio, y Comis- / sario General de todas / las del Perú, etc. / CON LICENCIA; IMPRESO EN LIMA por Pedro de Cabrera. Año de 1647.

4º.- 8 hs. s. n. + 43 folios

* Archivero y Bibliotecario

Port.- Licencia del Virrey Marqués de Mancera: Lima, 23 de noviembre de 1646.- Aprobación del padre fray Juan de Barbarán Lazcano, del orden de Predicadores: Lima, Convento del Rosario, 21 de noviembre de 1646.- Licencia del Padre Fray Juan de Durana, Comisario General de las Provincias del Perú, Convento de San Francisco de Jesús de Lima, 27 de noviembre de 1646.- Aprobación del Padre Fray Jerónimo Manrique, del convento de San Francisco de Jesús de Lima, 27 de noviembre de 1646.- (Dedicatoria del autor) a N. M. R. P. Fr. Juan de Durana, Padre de la Santa Provincia de Cantabria y Comisario General de las del Perú.- Texto dividido en (folios 1-38v).- "Adición sobre el festexo grande que los conventos de religiosas mostraron..." (folios 39-43).

Antes de analizar el contenido del librito de Juan de Ayllón es necesario situarlo en su inmediato contexto histórico.

Fue en febrero de 1642 cuando se fundó en Lima la Cofradía o Hermandad de Nuestra Señora de Aránzazu, compuesta de los "caballeros hidalgos de la nación vascongada". Una de las primeras gestiones de la Cofradía fue adquirir en propiedad una capilla en la iglesia de San Francisco de Jesús. Fue la que ocupaba el brazo derecho del crucero mayor que hasta entonces se llamaba capilla del Santo Cristo. La compra de la capilla incluía la cripta subyacente, en la que serían enterrados tanto los miembros de la Hermandad como sus descendientes.

Un año después se redactaron las Ordenanzas o Constituciones de la Hermandad, que, reformadas en el año 1635, fueron suscritas por 105 cofrades. La finalidad de la misma no sólo era religiosa sino también de caridad y socorro. Celebrarían funerales por los cofrades dándoles sepultura en la cripta de la capilla, sin conceder a nadie derecho a entierro particular. Esta misma igualdad se observaría en las Juntas, dando preferencia sólo a los sacerdotes y ancianos. Visitarían a los enfermos de la Hermandad ayudándoles económicamente en caso de necesidad; visitarían también las cárceles procurando asistir tanto judicial como económicamente a los presos de la Hermandad y a otros originarios de las provincias vascas, entre las cuales se incluía también Navarra. Ayudarían a acomodarse a los vascos recién llegados. Socorrerían a las huérfanas a fin de que pudieran reunir las dote para casarse o ingresar en religión, siendo preferidas las hijas de los hermanos de la Cofradía.

En la capilla se acomodaron tres altares. En la central se veneraría la imagen de Nuestra Señora de Aránzazu; a su derecha otro retablo más pequeño dedicado a la Virgen de Begoña y a la izquierda el altar dedicado al Ángel de la Guarda. Las obras se realizaron bajo la supervisión de Martínez de Arzona, uno de los muchos y célebres arquitectos que dió el País Vasco al Nuevo Mundo.

Si nos atenemos a los datos que nos suministran los antiguos historiadores de la Orden franciscana en el Perú, el retablo y capilla y de la Virgen de Aránzazu era "en lo grande majestuosa, perfecta en el arte y pulida en los cuerpos" (fray Diego de Córdoba

LA HERMANDAD VASCONGADA DE NUESTRA SEÑORA DE ARANZAZU EN LIMA

RELACION
 DE LA GRANDIOSA
 FIESTA, QUE SE HIZO EN
 ESTE CONVENTO DE N. P.
 SAN FRANCISCO DE
 JESVS DE LIMA.

A LA COLOCACION DE LA MI-
 LAGROSA IMAGEN DE N. SENORA
 DE ARANSAZV, QUE A EXPENSAS,
 DE IVAN DE VRRVTIA, PODER-
 oso amante de la Virgen se truxo
 de España.

COMPUESTA POR EL PADRE
fray Iuan de Ayllon, Predicador mayor del mismo
Conuento de N. P. S. Francisco de Iesus de Lima, y
oy Procurador General de Corte de todas las
Provincias del Perú, natural de

Es de la misma Ciudad de Lima
la misma Ciudad de Lima

DEDICADA
 A N. M. R. P. FR. IVAN
 DE DVRANA PADRE DE LA SAN-
 TA PROVINCIA DE CANTABRIA,
 LETOR IVBILADO, CALIFICADOR
 DEL SANTO OFICIO, Y COMIS-
 SARIO GENERAL DE TODAS
 LAS DEL PERU, &c.

CON LICENCIA; IMPRESSO EN LIMA,
 por Pedro de Cabrera, Año de 1647.

y Salinas), “un promptuario de tallado cedro” (fray Rodríguez Tena).

Realizado el retablo había que disponer de la imagen de la Virgen de Aránzazu. Para conseguirlo, el tolosano Juan de Urrutia, rico comerciante asentado en Lima y Mayordomo de la Cofradía en repetidas veces, envió a la Península doce mil pesos para que alguno de los buenos escultores peninsulares sacara una copia directa y exacta de la imagen venerada en las montañas de Aránzazu.

La escultura llegó a Lima en octubre de 1646 y fue expuesta en la Catedral. Desde aquí la trajeron en procesión al templo de San Francisco, hallándose en la comitiva el Virrey, la Audiencia Real, Tribunales, ambos Cabildos, representantes de las Ordenes religiosas e innumerable pueblo. Este fue el hecho fundamental que motivó a P. Juan de Ayllón a escribir el libro que queremos dar a conocer.

Antes de todo ¿quién era el padre fray Juan de Ayllón? Nacido en Lima el año 1604, había vestido el hábito franciscano a temprana edad. Y pocos datos más fuera de los que nos ofrece él mismo en el libro citado: que fue Predicador Mayor del convento de San Francisco de Lima, Procurador General de Corta de todas las provincias franciscanas del Perú y Definidor de la Provincia de los Doce Apóstoles.

Pero es algo más conocido en el campo de las letras por haber sido el introductor del gongorismo en la literatura virreinal peruana. El abuso del hipérbaton y de otros giros artificiosos del lenguaje, que caracterizan el gongorismo, son evidentes en otra obra suya, paralela a la que damos a conocer, y que se titula **Poema de las fiestas que hizo el convento de San Francisco de Jesús de Lima a la canonización de los 23 mártires del Japón**, compuesta en octavas, y publicada en 1630, cuando el autor sólo tenía 25 años. “Cada una de sus estrofas necesita de especial comentario para siquiera sospechar lo que el autor quiso decir en ellas”, afirma de esta obra el crítico de literatura Enrique Torres Saldamondo.

También la obra sobre la Virgen de Aránzazu adolece de este mismo lenguaje culterano y rebuscado; pero el hecho de ser una crónica historial escrita en prosa facilita su inteligencia. De todos modos, lo que a nosotros nos interesa no es la forma literaria sino su contenido histórico.

Además el libro de Juan de Ayllón tiene un interés añadido para nosotros por los varios textos en euskera que incluye en su relato; euskera que dice haber aprendido por milagro de la misma Virgen:

“**Etá milagroríc andiena dá ni ysanda erricó semeâ
yracasí deust esquerás:** Y el mayor milagro es,
que siendo yo Criollo, me á enseñado Bascuense” (fol. 37v).

Juan de Ayllón dedica el libro al M. R. P. Fr. Juan de Durana, Padre de la Santa Provincia de Cantabria y Comisario General de las Provincias franciscanas del Perú, “ramo ilustre del glorioso Espino y tierra donde apareció esta Reina”. Al final de la dedicatoria imagina en su

EL AUTOR

fantasía los saludos que se cruzarían la divina Señora y el franciscano euskaldun cuando la imagen de aquella hizo su entrada en el convento de San Francisco, “pues en voces mudas le diría la Viscaynita Soberana:

Agur mi arsaya

Y V(uestra) P(aternidad) M(uy) R(everenda):

Veguiratuta ederrá, respondería velaunico:

Cautiaturic naucam ene lastaná

(Los trozos euskéricos están impresos con algunos errores que pueden atribuirse a los tipógrafos limeños que desconocían totalmente la lengua vasca).

EL CONTENIDO DEL LIBRO

En el capítulo primero (folios 1-8v.) describe la montaña donde apareció la Virgen, el convento y sus diversos moradores, las circunstancias y los sucesos prodigiosos que rodearon la aparición. La detallada descripción que nos hace de los montes, del arroyo, de los caminos, de las ventas (que cita con su propio nombre), de todo lo que conforma el escenario de Aránzazu, nos hace pensar en un testigo de vista. Es posible que su cargo de Procurador General de Corte le hubiese deparado algún viaje a la Península y que en esta ocasión hubiese visitado el Santuario franciscano.

El verde paisaje guipuzcoano impresionó sin duda, al viajero criollo acostumbrado a caminar por los secos arenales de la costa peruana. Por eso, no son las personas sino el campo y el río quienes cobraron protagonismo en el relato. Es el campo quien “sigue su viage cuesta arriba hasta los pies de la montaña, que en ombros de peñas da con los pasajeros en la venta de Arricruz, de cuyo sitio toman camino para Alaba y Rioja”. El arroyo, a su vez, al que había visto allá abajo “despeñarse a ratos enojado por acreditarse río, al llegar ahora a la venta de Gueçalsa, lo ve esconderse entre las peñas, “por huyr los ojos y no mormurar a la vista de todos”, y aparecer después ruidoso un cuarto de legua más adelante.

Por fin, Aránzazu, “sitio desde la eternidad preparado para asiento y silla de la Reyna del cielo”. Pero el paisaje sigue ascendiendo a los montes de Aloña, de fertilísimo pasto para las ovejas, sembrado de chozas de pastores. Y dando rienda suelta a su imaginación criolla ve los riscos y barrancos de Aránzazu poblados “con la fecunda variedad de tigres, ossos, lobos, jaulíes, raposos, gatos monteses, ganado vacuno y ovejuno”; y las faldas de sus montañas vestidas de “avellanos, cerezos, hayas, robles y alisos: ocasiones todas –añade– para diuertirse en la caza, ó espaciarse algún tanto el rigor religioso”.

Las circunstancias de la aparición de la Virgen son las mismas que ha ido transmitiendo la tradición popular con la falsa etimología de Aranzazu y todo. Un pastor, de nombre Rodrigo de Belastegui, mientras guía su rebaño hacia las campas de Aloña, se encuentra de repente con la imagen de la Virgen sentada sobre un espino. “Con ternura de amante dice el franciscano peruano– la veneró diciendo, entre otros regalos que

le dictó el afecto: **Aransazu?**: vos, Señora, en Espino? Y de aquí tomó esta Señora y monte su apellido”.

Lo que sigue del capítulo es para narrar la edificación de la primera ermita y convento, los primeros moradores del mismo (mercedarios terceros franciscanos, dominicos y franciscanos observantes) y algunos hechos milagrosos.

El capítulo segundo (fol. 8v-12) nos informa acerca de los gastos y trabajos que costó a Juan de Urrutia el traer de España la imagen de la Virgen de Aránzazu. Ya hemos dicho antes cómo este Mayordomo de la Cofradía limeña encargó en la Península una copia directa de la imagen venerada en Aránzazu para colocarla en el nuevo retablo de la capilla de la Hermandad.

Después de cuatro años, llegó la imagen al puerto de Callao el día de San Ignacio “persona que supo sazonar Bascuense... Misterio fue de la Vizcayna gloriosa honrar el día a su Viscayno Santo”.

En el capítulo tercero (fol. 12-17) se prolonga el autor relatando todo el ceremonial de barroca religiosidad con que se realizó el desembarco del cajón que contenía la sagrada imagen y su traslado a la Ciudad de los Reyes, hasta depositarla provisionalmente en la casa de Juan de Urrutia “Retórico con eminencia en Bascuense, que nació en la noble y leal villa de Tolosa”.

Dos meses y medio estuvo la imagen en la casa del devoto comerciante tolosano. El día 17 de octubre se hizo el traslado al templo de San Francisco. En este momento pone el autor en labios de Juan de Urrutia unas palabras de despedida en que se mezclan exporsiones euskéricas y castellanas:

“No puedo negar, Viscayna del cielo, que
gloriá gustiá etorri dá neuré echerà y etorriagasic:
 Toda la gloria â llegado a mi casa con tu venida...
 y me llevas cautiuo el coraçón con tu belleza. Yo sólo
 dichosamente peno con tu ausencia, quando por verte
 fuera, **Ciudadé gustiá, guisonac, êta andreác,**
saltasén daué contentuarequîn: Toda la Ciudad,,
 hombres y mugeres, saltan de gozo”.

Describe después –estamos ya en capítulo cuarto (fol. 17v-27v)– la procesión del traslado con la variopinta presencia de todos los estamentos de la capital del Virreinato. El acontecimiento da ocasión al franciscano criollo para dar rienda suelta a su estro gongorino en conceptuosos y artificiosos cuartetos, décimas y sonetos, compuestos algunos en versos bilingües (castellano y vasco), como la siguiente cuarteta en la que se dirige al pastor vidente ya glorificado:

“Si munduán penaric	-	pénas en el mundo
hai Pastor Aransazuco	-	de Aransazú
Sure viosa seruco	-	tu coraçón del cielo
ya góza Irabasiric	-	el ganado.
Virgen sùre ameã	-	tu madre

APROVACION
 DEL M. R. P. M. FR. IVAN
 DE BARBARAN LASCANO
 DEL ORDEN DE PRE-
 DICADORES.

EX.^{no} S.^{or}

MANDAME V. Ex. vea esta
 Relacion de la grandiosa fiesta, q^{se}
 se hizo en el conuento de N. P. S.
 Francisco de Iesus de Lima a la co-
 locacion de la malagrosa. Imagen
 de N. Señora de Aransazú en su copia traida
 de Europa a esta America. Lila con delite, co-
 mo la vi con edificacion, y no suscribiendose la verdad
 al mysterio, mas que entrandose a mi obligacion el
 efecto; juzgo que se vino la Imagen de nuestro biē
 Maria, no que la truxeron; porque lo tan catoli-
 camente exemplar de la deuociō grande de V. Ex.
 y su igual casa a la Reyna de Angeles, es iman po-
 deroso, con que la precnde hasta lo mas distante. pa-
 ra que como entre el bierro de Viscaya se mira lo es-
 timado, en Lima se admire lo seruado.

No

Irtacuçi deu ´curi - te mostró a ti de lo alto
Videán Xaungoycoari - en el camino al Señor
Veguiratúta ederrá - auiendote visto tan hermoso”.

En la siguiente décima adivina el autor las tiernas palabras que Juan de Urrutia dirigía a la Virgen cuando vió su imagen entronizada en la capilla de los vascongados:

“Oy ascó **eman didasû**, - mucho me has dado
 Pues mis ojos **xauna ydóro** - hallaron
 En vos mi Virgen **xausoro**, - casa solariega,
 Que se puso **Aranzazú** - en el espino:
 Si toda gloria **arguítu** - amanecio
 Al venturoso **arsayá**, - pastor
 Vuestro Hijo **arcumeá** - Cordero
 Oy me dize, **emen gagós**, - aqui estamos,
 Pero mi Reyna **çagós**, - aî estais,
 Que soys ene lastaná. - mis amores”.

Prosiguen las fiestas el día siguiente con misa, sermón y colocación de la imagen en su nicho. A contárnosla dedica el autor el capítulo quinto (fol. 27v-34). También aquí los protagonistas son la Vizcaína Soberana y su fiel servidor Juan de Urrutia, que gastó por su imagen más de cien mil pesos (doce mil la hechura de la imagen).

Cantó la misa el M. R. P. Fr. Juan de Durana “sonoro y entero en la voz”; se cantaron “villancicos, que unos en castellano y otrós en Bascuense compuso atenta la deuocion ingeniosa”. Predicó el sermón el P. Fr. Ignacio de Irraraga “que supo desempeñar con ventajas el crédito de su nación”. Como siempre en estos acontecimientos, allí estaba toda la jerarquía social del Virreinato con el Virrey a su cabeza. Allí Juan de Urrutia rebosante de gozo:

**“Yre viosa esta cauisen
 conténtus gorpuceán”.**

Dedica el último capítulo a cantar en prosa conceptuosa el arte y la belleza de la Capilla de los Vizcaínos en donde quedó entronizada la Señora de Aránzazu.

Y terminar el libro con un apéndice sobre los festejos que se hicieron con ese motivo en los conventos de religiosas. Juan de Ayllón desciende muchos enteros cuando pone en boca de las monjas limeñas expresiones y versos contruidos contra las reglas de la gramática castellana: las “vizcainadas” que tanta fruición causaban al mal gusto literario de los siglos XVII y XVIII.

Hasta aquí el contenido de este libro, escrito con piedad y credulidad ingenuas, con lenguaje rabiosamente gongorino, pero que se hace interesante por la presencia de unos textos euskéricos, por la procedencia de una comunidad vasca en la capital del Virreinato peruano tan lejana de los mismos y por ser el testimonio del asentamiento.

HISTORIA FINAL DE LA COFRADIA Y DE LA CAPILLA

Para completar el tema digamos algo acerca de las posteriores vicisitudes históricas de la Cofradía y de la Capilla.

La capilla sufrió grandes daños cuando en el terremoto del 14 de febrero de 1656 se derrumbó el crucero. La colonia vascongada tan llena de fe como de dineros, la volvió a reconstruir y contrató a Juan Gómez de Elizalde para dorar el retablo. Pero, treinta años más tarde, el terrible terremoto que padeció Lima en octubre de 1687 arrojó por tierra el entero templo franciscano.

A cuenta de la Cofradía de los Vizcaínos corrió de nuevo la reconstrucción de la capilla. El retablo fue tallado en cedro de color natural, sin ningún género de pintura o dorado, lo que le distinguía de los demás retablos del templo. Ocupaba todo el frontis de la capilla llenando su ámbito de columnas, nichos y cornisas hasta el cielo mismo de la bóveda. Al lado del evangelio, en el suelo, existía una losa de bronce, con los escudos de las Provincias vascas, que daba paso a la cripta donde tenían enterramiento los miembros de la Cofradía.

Pasaron los años, se sucedieron los cambios políticos; todo se mantuvo en pie hasta que en la noche del 27 de septiembre de 1898 un voraz incendio redujo a cenizas el magistral y gallardo retablo colonial. Nada se salvó; ni siquiera la famosa imagen traída de la Península, costeada por Juan de Urrutia y entronizada allí con la solemnidad que nos ha descrito Juan de Ayllón.

Cuando se restauró la capilla ya no funcionaba la Cofradía de los Vizcaínos y fue destinada al culto de San Francisco Solano. La Hermandad, con todos sus bienes, había sido absorbida en 1865 por la Beneficiencia Pública de Lima.

